

UN TRATADO SOBRE EL NUEVO TESTAMENTO¹.

ESTO ES LA SANTA MISA

1519

Martin Luther

JESÚS [Nota al margen: La Multiplicación de Leyes].

La experiencia, todas las crónicas y las Sagradas Escrituras además, nos enseñan esta verdad: cuanto menos ley, más justicia; cuanto menos mandamientos, más buenas obras. Nunca existió una comunidad bien regulada durante mucho tiempo, si es que existió alguna, donde hubiera muchas leyes. Por lo tanto, antes de la antigua ley de Moisés, los Patriarcas de antaño no tenían ninguna ley ni orden prescritos para el servicio de Dios, aparte de los sacrificios; como leemos acerca de Adán, Abel, Noé y otros. Después, la circuncisión fue impuesta a Abraham y su casa, hasta el tiempo de Moisés, por medio del cual Dios dio al pueblo de Israel diversas leyes, formas y prácticas, con el único propósito de enseñar a la naturaleza humana cuán completamente inútiles son muchas leyes para hacer que la gente sea piadosa. Porque aunque la ley guía y aleja del mal hacia las buenas obras, todavía es imposible que el hombre las haga de buena gana y voluntad; sino que siempre tiene aversión por la ley y preferiría ser libre. Ahora bien, donde hay falta de voluntad, nunca puede haber una buena obra. Porque lo que no se hace de buena gana no es bueno, y sólo parece serlo. En consecuencia, todas las leyes no pueden hacer a alguien realmente piadoso sin la gracia de Dios, porque sólo pueden producir disimuladores, hipócritas, simuladores y santos orgullosos, como aquellos que tienen su recompensa aquí [Mateo 6:2], y nunca agradan a Dios. Así que Él dice a los judíos, en Malaquías 1: "No me complazco en vosotros; ¿porque quién hay de vosotros que siquiera cierre la puerta para mí, de buena gana y por amor?" [Malaquías 1:10]

[Nota al margen: Sectas y Divisiones]

2. Otro resultado de muchas leyes es que surgen muchas sectas y divisiones en las congregaciones [Gemeinden] a partir de ellas. Uno adopta este camino, otro aquel, y en cada hombre crece un falso amor secreto por su propia secta, y un odio, o al menos un desprecio y desatención por las otras sectas, mediante el cual el amor fraterno, libre y común perece, y prevalece el amor egoísta. Así hablan Jeremías y Oseas, [Jer. 2:28, Os. 8:11,12] sí, todos los profetas lamentan que el pueblo de Israel se dividiera en tantas sectas como ciudades había en la tierra; cada uno deseando superar a los demás. De ahí también surgieron los saduceos y fariseos en el Evangelio.

Así observamos hoy día, que a través de la Ley Espiritual apenas han surgido justicia y piedad en la cristiandad; el mundo se ha llenado de disimuladores e hipócritas y de tantas sectas, órdenes y divisiones del único pueblo de Cristo, que casi cada ciudad está dividida en diez partidos o más. Y a diario idean nuevas formas y maneras (según ellos) de servir a Dios, hasta el punto de que los sacerdotes, monjes y laicos se han vuelto más hostiles entre sí que los turcos y los cristianos.

¹ Texto obtenido del lenguaje inglés desde:
<https://www.gutenberg.org/cache/epub/31604/pg31604-images.html>

Sí, los sacerdotes y los monjes son enemigos mortales, discutiendo acerca de sus formas y métodos auto concebidos como tontos y locos, no sólo para el estorbo, sino para la misma destrucción del amor y la unidad cristiana. Cada uno se aferra a su secta y desprecia a los demás; y consideran a los laicos como si no fueran cristianos. Esta lamentable condición es sólo un resultado de las leyes.

[Nota al margen: La Ley de Cristo en la Misa]

3. Cristo, con el fin de prepararse un pueblo aceptable y amado, que estuviera unido en unidad a través del amor, abolió toda la ley de Moisés. Y para no dar más ocasión a divisiones, no volvió a establecer más que una sola ley u orden para todo su pueblo, y esa es la santa misa. Porque, aunque el bautismo también es un ordenamiento externo, sólo se lleva a cabo una vez y no es una práctica de toda la vida, como la misa. Por lo tanto, después del bautismo no debe haber otro orden externo para el servicio de Dios excepto la misa. Y donde se celebra la misa, hay un verdadero servicio, aunque no haya otra forma, con canto, música, repique de campanas, vestimentas, ornamentos y posturas; porque todo esto es una adición inventada por los hombres. Cuando Cristo mismo instituyó este sacramento y celebró la primera misa, no había patenas, no había casullas, no había canto, no había pompa, sino sólo acción de gracias a Dios y el uso del sacramento. Después de esta misma sencillez, los Apóstoles y todos los cristianos celebraron la misa durante mucho tiempo, hasta que surgieron diversas formas y adiciones, por las cuales los romanos celebraban la misa de una manera, los griegos de otra; y ahora finalmente ha llegado a esto, que lo principal en la misa se ha vuelto desconocido, y no se recuerda nada excepto las adiciones de los hombres.

[Nota al margen: Institución de Cristo y Ordenanzas Humanas].

4. Cuanto más se acerquen nuestras misas a la primera misa de Cristo, mejor, sin duda, serán; y cuanto más alejadas estén de la misa de Cristo, más peligrosas son. Por esa razón no podemos jactarnos contra los rusos o griegos de que sólo nosotros tenemos derecho a celebrar la misa; tan poco como un sacerdote que lleva una casulla roja puede jactarse contra aquel que lleva una blanca o negra. Porque tales adiciones y diferencias externas pueden, por su disimilitud, crear sectas y disensiones, pero nunca pueden mejorar la misa. Aunque ni deseo ni puedo desechar todas esas adiciones, porque tales formas pomposas son peligrosas, nunca debemos permitir que nos aparten de la institución simple de Cristo y del uso correcto de la misa. Y, de hecho, el mayor y más útil arte es saber qué pertenece realmente y adecuadamente a la misa, y qué es añadido y extraño. Porque donde no hay una distinción clara, los ojos y el corazón son fácilmente engañados por tales simulaciones hacia una impresión y una ilusión falsas; de manera que lo que los hombres han inventado se considera la misa, y lo que es la misa nunca se experimenta, por no hablar de obtener beneficios de ella. Así, ¡ay!, sucede en nuestros tiempos; porque, temo, se celebran más de mil misas cada día, de las cuales quizás no una sea una verdadera misa. Oh querido cristiano, tener muchas misas no es tener la misa. Hay más que eso.

5. [Nota al margen: La Principal Cosa en la Misa]

Si deseamos celebrar la misa correctamente y entenderla, entonces debemos renunciar a todo lo que los ojos y todos los sentidos observan y sugieren en este acto, como vestimentas, campanas, cantos, ornamentos, oraciones, procesiones, elevaciones, postraciones o cualquier cosa que suceda en la misa, hasta que primero asimilemos y consideremos bien las palabras de Cristo, con las cuales Él completó e instituyó la misa y nos ordenó observarla. Porque en ellas reside toda

la misa, su naturaleza, obra, provecho y beneficio, y sin ellas (es decir, las palabras) no se deriva ningún beneficio de la misa. Pero estas son las palabras: Tomad y comed, esto es mi cuerpo, que es dado por vosotros. [Mateo 26:26] Tomad y bebed todos de él, porque esta es la copa del nuevo y eterno pacto en mi sangre, [Marcos 14:22, 23, 24] que es derramada por vosotros y por muchos para perdón de los pecados [Lucas 22:19, 20]. Estas palabras debe tenerlas todo cristiano ante sí en la misa y aferrarse a ellas como la parte principal de la misa, en la cual también se enseña la verdadera preparación para la misa y el sacramento; esto veremos.

[Nota al margen: Fe y Promesas de Dios]

6. Si el hombre ha de tratar con Dios y recibir algo de Él, debe ocurrir de esta manera, no que el hombre comience a poner la primera piedra, sino que Dios solo, sin ninguna súplica o deseo del hombre, debe venir primero y darle una promesa. Esta palabra de Dios es el principio, el fundamento, la roca, sobre la cual después deben construirse todas las obras, palabras y pensamientos del hombre. Este hombre debe aceptar con gratitud y creer fielmente la promesa divina, y de ninguna manera dudar de que es y se cumple tal como Él promete. Esta confianza y fe es el principio, el medio y el fin de todas las obras y la justicia. Porque, debido a que el hombre honra a Dios considerándolo y confesándolo como verdadero, Él se convierte en un Dios misericordioso para él, quien a su vez lo honra y lo considera y confiesa como verdadero. Así que no es posible que el hombre, por su propia razón y fuerza, ascienda al cielo y anticipe a Dios, moviéndolo a ser misericordioso; sino que Dios debe anticipar todas las obras y pensamientos, y hacer una promesa claramente expresada en palabras, que luego el hombre toma y guarda con una buena y firme fe. Luego viene el Espíritu Santo, que le es dado por esta misma fe.

7. Tal promesa fue dada a Adán después de su caída, cuando Dios habló a la serpiente: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu simiente y su simiente: ella te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar." [Génesis 3:15] En estas palabras, aunque oscuramente, Dios promete ayuda a la naturaleza humana, a saber, que por una mujer el diablo será nuevamente vencido. Esta promesa de Dios sostuvo a Adán y Eva y a todos sus hijos hasta el tiempo de Noé; en esto creyeron, y por esta fe fueron salvos; de lo contrario, habrían desesperado. [Génesis 9:9] De manera similar, después del diluvio, hizo un pacto con Noé y sus hijos, hasta el tiempo de Abraham (Génesis XII), a quien llamó fuera de su tierra natal [Génesis 12:1, 3], y prometió que en su descendencia serían benditas todas las naciones [Génesis 18:18]. Esta promesa Abraham la creyó y obedeció, y así fue justificado y se convirtió en amigo de Dios. [Génesis 22:18; 15:6] En el mismo libro esta promesa a Abraham se repite muchas veces, se amplía y se hace más definida, hasta que se le promete a Isaac, quien sería la simiente de la cual vendría Cristo y toda bendición. En esta fe en la promesa fueron mantenidos los hijos de Abraham hasta el tiempo de Cristo, aunque en el interín fue continuamente renovada y más definida por David y muchos profetas. El Señor en el Evangelio llama a esta promesa "el regazo de Abraham", [Lucas 16:22, 23] porque en ella fueron guardados todos los que con una fe correcta se aferraron a ella, y, con Abraham, esperaron a Cristo. Luego vino Moisés, quien declaró la misma promesa bajo muchas formas en la Ley. [Éxodo 3:6, 7, 8] A través de él, Dios prometió al pueblo de Israel la tierra de Canaán, mientras aún estaban en Egipto; lo cual prometieron, y por ello fueron sostenidos y llevados a esa tierra.

8. En el Nuevo Testamento, asimismo, Cristo ha hecho una promesa o voto solemne, en la cual debemos creer y llegar así a la piedad y la salvación. Esta promesa es la palabra en la que Cristo dice: "Esta copa es el nuevo pacto." [Lucas 22:20] Esto lo examinaremos ahora.

No todo voto se llama pacto, sino solamente la última voluntad irrevocable de quien está a punto de morir, mediante la cual lega sus bienes, asignados y destinados para ser distribuidos a quien él desee. Así como San Pablo dice a los Hebreos que un pacto debe hacerse operativo mediante la muerte, y no vale nada mientras vive aquel que hizo el pacto. [Hebreos 9:16, 17] Porque otros votos, hechos para esta vida, pueden ser impedidos o revocados, y por eso no se les llama pactos. Por lo tanto, dondequiera que en las Escrituras se haga referencia al pacto de Dios por medio de los profetas, en esa misma palabra se enseña a los profetas que Dios se haría hombre, moriría y resucitaría, para que su Palabra, en la cual prometió tal pacto, pudiera cumplirse y confirmarse. Porque si ha de hacer un pacto como prometió, entonces debe morir; si ha de morir, debe ser hombre. Y así, esa pequeña palabra "pacto" es un breve resumen de todas las maravillas y gracias de Dios, cumplidas en Cristo.

9. También distingue este pacto de los demás y dice: "Es un nuevo y eterno pacto, en su propia sangre, para el perdón de los pecados"; por lo cual invalida el antiguo pacto. Porque la pequeña palabra "nuevo" hace que el pacto de Moisés sea viejo e ineficaz, uno que ya no tiene valor. El antiguo pacto fue una promesa hecha por medio de Moisés al pueblo de Israel, al cual se le prometió la tierra de Canaán. Para este pacto, Dios no murió, sino que el cordero pascual tuvo que morir en lugar de Cristo y como tipo de Cristo; y así fue un pacto temporal en la sangre del cordero pascual, que fue derramada para obtener y poseer esa tierra de Canaán. Y así como el cordero pascual, que murió en el antiguo pacto por la tierra de Canaán, fue una cosa temporal y transitoria, así también el antiguo pacto, junto con esa posesión o tierra de Canaán asignada y prometida en él, fue temporal y transitorio.

Pero Cristo, el verdadero Cordero Pascual, es una Persona divina eterna, que muere para establecer el nuevo pacto; por lo tanto, el pacto y las posesiones legadas en él son eternos y duraderos. Y eso es lo que quiere decir cuando contrasta este pacto con el otro, y dice: Un nuevo pacto—para que el otro se vuelva viejo y de ningún efecto. Un pacto eterno, [Hebreos 8:13] dice, no temporal como el otro; no para disponer de tierras o posesiones temporales, sino eternas. En mi sangre, dice, no en la sangre de un cordero. Todo esto es para que lo antiguo sea completamente anulado y dé lugar únicamente a lo nuevo.

[Nota al margen: Lo que se promete en la Misa]

10. ¿Qué es entonces este testamento y qué nos lega en él Cristo? Verdaderamente, un gran, eterno e inefable tesoro, a saber, el perdón de todos los pecados, como las palabras lo expresan claramente: "Esta es la copa del nuevo y eterno testamento en mi sangre, la cual es derramada por vosotros y por muchos para el perdón de los pecados." [Mateo 26:8, Lucas 22:30] Como si dijera: Mira, hombre, en estas palabras te prometo y te lego el perdón de todos tus pecados y la vida eterna. Y para que estés seguro y sepas que tal promesa queda irrevocablemente tuya, moriré por ello, y daré mi cuerpo y mi sangre por ello, y los dejaré ambos a ti como señal y sello, para que por ellos me recuerdes." [1 Corintios 11:25] Así dice: "Todas las veces que hagáis esto, hacedlo en memoria de mí." [Lucas 22:19] Así como un hombre que lega algo incluye en ello lo que se hará por él después [1 Corintios 11:25], como es costumbre en la actualidad en los réquiems y misas por los difuntos, así también Cristo ha ordenado un réquiem para sí mismo en este testamento; no porque lo necesite, sino porque es necesario y provechoso para nosotros recordarlo; por lo cual somos fortalecidos en la fe, confirmados en la esperanza y ardientes en el amor. Porque mientras vivimos en la tierra nuestra suerte es tal que el espíritu malo y todo el mundo nos asedian con alegría y tristeza, para extinguir nuestro amor por Cristo, borrar nuestra fe y debilitar nuestra esperanza. Por

lo tanto, necesitamos mucho este sacramento, en el cual podemos obtener nueva fuerza cuando hemos debilitado, y podemos ejercitarnos diariamente en el fortalecimiento y elevación del espíritu.

11. Además, en todas sus promesas, Dios ha dado usualmente una señal además de la palabra, para una mayor seguridad y fortalecimiento de nuestra fe. Así dio a Noé la señal del arco iris. [Génesis 9:9, 13] A Abraham le dio la circuncisión como señal. [Génesis 17:11] A Gedeón le dio la lluvia en el suelo y en el vellón [Jueces 6:37]; y constantemente encontramos en las Escrituras muchos de estos signos, dados junto con las promesas. Porque así también se hacen los testamentos mundanos; no solo se escriben las palabras, sino que se colocan sellos y marcas de notarios, para que siempre sean vinculantes y auténticos. Así lo ha hecho Cristo en este testamento y ha fijado a las palabras un sello y signo poderoso y muy precioso; este es su propio cuerpo y sangre verdaderos bajo el pan y el vino. Pues nosotros, los pobres hombres, como vivimos en nuestros cinco sentidos, debemos tener siempre, junto con las palabras, al menos un signo externo, en el cual podamos apoyarnos y alrededor del cual podamos reunirnos; pero de tal manera que este signo sea un sacramento, es decir, que pueda ser externo y, sin embargo, contener y expresar algo espiritual, para que a través de lo externo podamos ser atraídos hacia lo espiritual, comprendiendo lo externo con los ojos del cuerpo, lo espiritual y lo interno con los ojos del corazón.

12. Ahora vemos cuántas partes hay en este testamento, o en la misa. Primero está el testador que hace el testamento, Cristo. Segundo, los herederos a quienes se les lega el testamento, nosotros los cristianos. Tercero, el testamento en sí mismo, las palabras de Cristo cuando dice: "Este es mi cuerpo que es dado por vosotros. Esta es mi sangre que es derramada por vosotros, un nuevo testamento eterno, etc." Cuarto, el sello o señal, el sacramento, el pan y el vino, y debajo de ellos su verdadero cuerpo y sangre. Pues todo lo que está en este sacramento debe vivir; por lo tanto, no lo puso en una escritura muerta y sello, sino en palabras y signos vivientes que usamos día a día.

Y esto es lo que se quiere decir cuando el sacerdote eleva la hostia, mediante este acto nos dirige a nosotros más que a Dios, como si nos dijera: Mira, este es el sello y signo del testamento en el que Cristo nos ha legado el perdón de todo pecado y la vida eterna. Con esto concuerda también lo que canta el coro: "Bendito sea el que viene a nosotros en el nombre de Dios" [Mateo 21:9]? para que testifiquemos cómo recibimos bendiciones de Dios, y no sacrificamos ni le damos a Él. Quinto, la bendición legada que las palabras significan, a saber, el perdón de los pecados y la vida eterna. Sexto, la obligación, recuerdo o réquiem que debemos observar por Cristo, a saber, que prediquemos su amor y gracia, lo escuchemos y meditemos, por ello seamos incitados y preservados en el amor y la esperanza en Él, como lo explica san Pablo: "Porque todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que Él venga." [1 Corintios 11:26] Y esto es lo que hace un testador terrenal, que lega algo a sus herederos, para que deje un buen nombre, la buena voluntad de los hombres y una memoria bendita, para que no sea olvidado.

13. A partir de todo esto, ahora se ve fácilmente qué es la misa, cómo uno debería prepararse para ella, cómo observarla y cómo usarla, y cuántos son sus abusos. Porque así como uno actuaría si un buen amigo le legara diez mil ducados: así, y con mucho más motivo, deberíamos comportarnos hacia la misa, que no es nada más que un testamento sumamente rico, eterno y bueno que nos dejó Cristo mismo, y nos lo dejó de tal manera que no tendría otra razón para morir sino que deseaba hacer tal testamento; tan ansioso estaba de derramar sus tesoros eternos, como dice: "Con ansia he deseado comer esta pascua con vosotros antes de mi muerte." [Lucas 22:15] Por lo tanto, también viene que a pesar de muchas misas permanezcamos tan ciegos y fríos, pues no sabemos qué es la misa, qué hacemos en ella, ni qué obtenemos de ella.

[Nota al margen: La fe en la palabra, la verdadera preparación para la misa]

Dado que entonces no es nada más que un testamento, la primera y, con mucho, la mejor preparación para la misa es un alma hambrienta y una firme fe alegre del corazón que acepta tal testamento. ¿Quién no iría con gran deseo, esperanza y consuelo y exigiría mil ducados, si supiera que en un lugar determinado se le hubieran legado; especialmente si no hubiera otra condición que recordar, honrar y alabar al testador? Así que, en este asunto, debes ante todo prestar atención a tu corazón, que creas las palabras de Cristo, y admitas su verdad, cuando Él te dice a ti y a todos: "Esta es mi sangre, el nuevo testamento, por el cual te lego el perdón de todos los pecados y la vida eterna." ¿Cómo podrías hacerle mayor deshonra y mostrar mayor falta de respeto a la santa misa que no creyendo o dudando? Pues Él deseaba que esto fuera tan cierto que Él mismo incluso murió por ello. Seguramente tal duda no sería más que negar y blasfemar los sufrimientos y la muerte de Cristo, y toda bendición que Él haya obtenido así.

14. Por esta razón, he dicho, todo depende de las palabras de este sacramento, que son las palabras de Cristo, y que realmente deberíamos poner en oro puro y piedras preciosas, y no mantener nada más diligentemente ante los ojos del corazón, para que la fe se ejercite en ellas. Que otro ore, ayune, vaya a confesarse, se prepare para la misa y el sacramento como quiera. Haz lo mismo, pero sabiendo que todo eso es una tontería pura y un autoengaño, si no te pones ante ti las palabras del testamento y te estimulas a creer y desearlas. Tendrías que limpiar tus zapatos durante mucho tiempo, quitar las pelusas de tu ropa y adornarte para obtener una herencia, si no tuvieras una carta y un sello con los que pudieras probar tu derecho a ella. Pero si tienes carta y sello, y crees, deseas y la buscas, te debe ser dada, aunque fueras escamoso, sarnoso, apestoso y muy impuro. Así que si quieres recibir este sacramento y testamento dignamente, asegúrate de presentar estas palabras vivas de Cristo, confía en ellas con una fe firme, y deseas lo que Cristo te ha prometido en ellas: entonces te será dado, entonces eres digno y bien preparado. Esta fe y confianza debe y te hará alegre, y despertará un amor audaz por Cristo, por medio del cual comenzarás con alegría a llevar una vida realmente buena y con todo tu corazón a huir del pecado. Pues el que ama a Cristo seguramente hará lo que le agrada, y dejará de hacer lo que no le agrada. Pero ¿quién lo amará sino aquel que saboree las riquezas de este testamento que Cristo, por pura misericordia, ha legado gratuitamente a los pobres pecadores? Este sabor viene por la fe que cree y confía en el testamento y la promesa. Si Abraham no hubiera creído la promesa de Dios, nunca habría llegado a nada. Tan ciertamente, entonces, como Abraham, Noé, y David aceptaron y creyeron sus promesas: así seguramente debemos también aceptar y creer este testamento y esta promesa.

[Nota al margen: Quién es digno]

15. Ahora bien, hay dos tentaciones que nunca dejan de asaltarte; la primera, que eres totalmente indigno de un testamento tan rico, la segunda, que incluso si fueras digno, la bendición es tan grande que la naturaleza humana se aterroriza por su grandeza; ¿qué no traen consigo el perdón de todos los pecados y la vida eterna? Si alguna de estas tentaciones te llega, debes, como he dicho, estimar más las palabras de Cristo que tales pensamientos. No será Él quien te engañe; tus pensamientos te estarán engañando.

Así como si a un pobre mendigo, sí, a un verdadero pícaro, se le legaran mil ducados: no los exigiría debido a su mérito o valía, ni dejaría de reclamarlos debido a la grandeza de la suma; y si alguien le mencionara su falta de valía y la grandeza de la suma, ciertamente no permitiría que nada de eso lo asustara, sino que diría: "¿Qué te importa a ti? Sé muy bien que soy indigno de la herencia; no la exijo por mis méritos, como si me fuera debida, sino por el favor y la gracia del

testador. Si no le pareció demasiado legarme a mí, ¿por qué debería yo menospreciarme a mí mismo y no reclamarlo y tomarlo?" Así también debe insistir una conciencia tímida y abatida, contra sus propios pensamientos, en el testamento de Cristo, y ser obstinada en una fe firme, a pesar de su propia indignidad y la grandeza de la bendición. Por esta misma razón, lo que trae a tales indignos una bendición tan grande es un testamento divino, mediante el cual Dios desea sobre todas las cosas despertar el amor hacia Él. Así consoló Cristo a aquellos abatidos que pensaban que la bendición era demasiado grande y dijo: "No temáis, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino." [Lucas 12:32]

[Nota al margen: Abusos de la misa: 1. La supresión de las palabras].

16. ¡Pero observa ahora lo que han hecho de la misa! En primer lugar, han ocultado estas palabras del testamento y han enseñado que no deben ser pronunciadas ante los laicos, que son palabras secretas que solo el sacerdote debe decir en la misa. ¿No ha robado el diablo aquí de manera magistral lo principal de la misa y lo ha silenciado? ¿Quién ha escuchado alguna vez predicar que se debe prestar atención en la misa a estas palabras del testamento y insistir en ellas con una fe firme? Y sin embargo, esto debería haber sido lo principal. Así que han tenido miedo, y nos han enseñado a tener miedo, donde no hay motivo para temer, más aún, donde radican todo nuestro consuelo y seguridad.

¡Cuántas conciencias miserables, que perecieron por el miedo y la tristeza, podrían haber sido consoladas y rescatadas por estas palabras! ¿Qué demonio les ha dicho que las palabras que deberían ser las más familiares, las más abiertamente habladas entre todos los cristianos, sacerdotes y laicos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, deben ser ocultadas con el mayor secreto? ¿Cómo podríamos saber qué es la misa, o cómo usarla y observarla, si no conocemos las palabras en las que consiste la misma misa?

¡Pero ojalá que nosotros, los alemanes, pudiéramos decir la misa en alemán, y cantar estas palabras "más secretas" más fuerte que todos! ¿Por qué no deberíamos nosotros, los alemanes, decir la misa en nuestro propio idioma, cuando los latinos, los griegos y muchos otros observan la misa en su idioma? ¿Por qué no deberíamos también mantener en secreto las palabras del bautismo: "Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén"? [Mateo 28:19] Si todos pueden hablar en alemán y en voz alta estas palabras, que no son menos la santa Palabra y promesa de Dios, ¿por qué no debería permitirse que todos también escuchen y hablen esas palabras de la misa en voz alta y en alemán?

[Nota al margen: Palabra y Signo en los Sacramentos]

17. Aprendamos, entonces, que en todo pacto de Dios hay dos cosas que uno debe considerar; estas son la Palabra y el Signo. En el bautismo, estas son las palabras del bautizador y el sumergimiento en agua. En la misa, son las palabras y el pan y el vino. Las palabras son el pacto divino, la promesa y el testamento. Los signos son sacramentos, es decir, signos sagrados. Ahora bien, dado que el testamento es mucho más importante que el sacramento, las palabras son mucho más importantes que los signos. Porque los signos podrían faltar, si uno solo tiene las palabras, y así uno podría ser salvo sin sacramento, pero no sin testamento. Pues puedo disfrutar diariamente del sacramento en la misa, si solo mantengo ante mis ojos el testamento, es decir, las palabras y el pacto de Cristo, y fortalezco mi fe con ello.

Vemos, entonces, que la mejor y más importante parte de todos los sacramentos y de la misa son las palabras y el pacto de Dios, sin las cuales los sacramentos están muertos y no son nada en absoluto; como un cuerpo sin alma, un barril sin vino, una cartera sin oro, un tipo sin cumplimiento, una carta sin espíritu, una vaina sin cuchillo, y así sucesivamente; por lo tanto, es cierto que cuando usamos, escuchamos o vemos la misa sin las palabras o el testamento, y solo nos fijamos en el sacramento y el signo, ni siquiera mantenemos la mitad de la misa. Pues sacramento sin testamento es conservar el estuche sin la joya, una separación y división bastante desigual.

[Nota al margen: El testamento ignorado]

18. Temo, por lo tanto, que en la cristiandad actual haya más idolatría a través de las misas de lo que alguna vez ocurrió entre los judíos. Porque no oímos en ningún lugar que la misa esté dirigida hacia la alimentación y fortalecimiento de la fe, para lo cual solo fue ordenada por Cristo, sino que solo se usa como sacramento sin el testamento.

Muchos han escrito sobre los frutos de la misa, e incluso los han exaltado mucho; y no cuestiono el valor de estos frutos. Pero ten cuidado de considerarlos todos, comparados con esta única cosa, como el cuerpo comparado con el alma. Dios ha preparado aquí para nuestra fe un pasto, una mesa y un festín; pero la fe se alimenta solo con la Palabra de Dios. Por lo tanto, debes tener cuidado sobre todas las cosas con las palabras, exaltarlas, estimarlas mucho y aferrarte a ellas; entonces no tendrás simplemente las pequeñas gotas de bendición que gotean de la misa, sino las mismísimas fuentes principales de la fe, de las cuales brota y fluye todo lo bueno, como dice el Señor en Juan 7: "El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva"; además: "El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que brotará para vida eterna." Vemos, entonces, el primer abuso de la misa es este: que hemos perdido la bendición principal, a saber, el testamento y la fe. Qué consecuencias ha tenido esto, lo veremos ahora.

19. Sigue siendo inevitable que, donde la fe y la Palabra o promesa de Dios disminuyen o son descuidadas, surjan en su lugar las obras y una confianza falsa y presumida en ellas. Porque donde no hay promesa de Dios, no hay fe. Donde no hay fe, todos asumen presumidamente mejorar mediante obras y hacerse agradables a Dios. Cuando esto sucede, surge de ello una falsa seguridad y presunción, como si el hombre fuera agradable a Dios por sus propias obras. Cuando esto no sucede, la conciencia no tiene descanso y no sabe qué hacer para agradar a Dios.

[Nota al margen: Abusos de la misa: 2. La misa como una buena obra]

Así también temo que muchos hayan convertido la misa en una buena obra, creyendo que están haciendo un gran servicio al Todopoderoso. Ahora, si hemos entendido correctamente lo que se ha dicho anteriormente, es decir, que la misa no es otra cosa que un testamento y sacramento, en el cual Dios se compromete con nosotros y nos otorga gracia y misericordia, creo que no es apropiado que hagamos una buena obra o mérito de ello. Porque un testamento no es un beneficium acceptum, sed datum; no recibe beneficio de nosotros, sino que nos beneficia. ¿Quién ha escuchado alguna vez que quien recibe una herencia está haciendo una buena obra? Él recibe beneficio. Del mismo modo, en la misa no le damos nada a Cristo, sino que solo tomamos de Él; a menos que estén dispuestos a llamar a esto una buena obra, que un hombre se mantenga tranquilo y permita que se le beneficie, que se le dé comida y bebida, que se le vista y sane, que se le ayude y redima. Así como en el bautismo, en el cual también hay un testamento y sacramento divinos, nadie le da nada a Dios o le presta un servicio, sino que en su lugar toma algo; así también en todos los demás

sacramentos y en el sermón. Porque si un sacramento no puede ser una buena obra meritoria, entonces ningún otro puede ser una obra; porque todos son del mismo tipo, y es naturaleza de un sacramento o testamento que no es una obra, sino solo un ejercicio de fe.

[Nota al margen: Buenas obras conectadas con la misa]

20. Es cierto, en efecto, que cuando nos reunimos en la misa para recibir el testamento y sacramento, y para alimentar y fortalecer la fe, ofrecemos nuestra oración de manera unánime, y esta oración, que surge de la fe y es para el aumento de la fe, es verdaderamente una buena obra; y también distribuimos limosnas entre los pobres; como se hacía antiguamente cuando los cristianos reunían alimentos y otras cosas necesarias, que después de la misa se distribuían entre los necesitados, como aprendemos de San Pablo. Pero este trabajo y esta oración son algo completamente diferente al testamento y sacramento, que nadie puede ofrecer o dar a Dios o a los hombres, sino que cada uno lo toma y recibe solo para sí mismo, en la medida en que cree y confía. Ahora bien, así como no puedo recibir o dar el sacramento del bautismo, de la penitencia o de la extremaunción en lugar de otra persona o en su beneficio, sino que tomo para mí solo la bendición ofrecida por Dios, y aquí no hay officium, sino beneficium, es decir, no hay trabajo o servicio, sino solo recepción y beneficio; así también, nadie puede decir o escuchar misa por otro, sino que cada uno lo hace solo para sí mismo, porque es puramente un tomar y recibir.

Todo esto se entiende fácilmente si uno solo considera lo que realmente es la misa, es decir, un testamento y sacramento; es decir, la Palabra y promesa de Dios, junto con un signo sagrado, el pan y el vino, bajo los cuales el cuerpo y la sangre de Cristo están realmente presentes. Porque ¿con qué proceso de razonamiento se podría decir que un hombre está haciendo una buena obra por otro cuando, como los demás, viene como necesitado y toma para sí mismo las palabras y el signo de Dios en las cuales Dios le promete y le otorga gracia y ayuda? Ciertamente, recibir la Palabra, el signo y la gracia de Dios no es impartir bien, ni hacer una buena obra, sino simplemente un "tomar para sí mismo".

21. Ahora bien, dado que todo el mundo ha hecho de la misa un sacrificio, en el que ofrecen algo a Dios, lo cual sin duda es el tercer y peor abuso, debemos distinguir claramente entre lo que ofrecemos y lo que no ofrecemos en la misa.

Sin lugar a dudas, la palabra "ofrenda" en la misa ha surgido y ha permanecido hasta ahora, porque en los tiempos de los Apóstoles, cuando aún se observaban algunas prácticas del Antiguo Testamento, los cristianos llevaban alimentos, dinero y necesidades, que se distribuían junto con la misa entre los necesitados, como he dicho antes. Porque así seguimos leyendo en Hechos IV, que los cristianos vendían todo lo que tenían y lo traían a los pies de los Apóstoles, quienes luego lo distribuían y daban de las posesiones comunes a cada uno según lo que necesitaba. Del mismo modo el Apóstol Pablo enseña, que toda comida y todo lo que usemos debe ser bendecido con oración y la Palabra de Dios, y se deben dar gracias a Dios por ello; de ahí que digamos el Benedicite y el Gratias en la mesa. Así era la costumbre del Antiguo Testamento, cuando los hombres agradecían a Dios por los regalos recibidos, que los levantaban en sus manos hacia Dios; como está escrito en la ley de Moisés. Por lo tanto, los apóstoles también levantaron las ofrendas de esta manera, agradecieron a Dios y bendijeron, con la Palabra de Dios, la comida y todo lo que los cristianos reunieron. Y Cristo mismo, como escribe San Lucas, levantó la copa, dio gracias a Dios, bebió de ella y dio a los demás, antes de instituir el sacramento y el testamento.

[Nota al margen: El colecta y la ofrenda]

22. Han sobrevivido rastros de este uso en tres costumbres. La primera, que la primera y última oración de la misa se llaman "colectas", es decir, "colecciones"; lo que indica que estas oraciones se pronunciaban como una bendición y acción de gracias sobre la comida que se había recogido, para bendecirla y dar gracias a Dios, según la enseñanza de San Pablo. La segunda, cuando la gente después del Evangelio procede a la ofrenda; de donde proviene el canto que se entona en ese momento llamado "Ofertorio", es decir, una ofrenda. La tercera, que el sacerdote eleva en la patena y ofrece a Dios la hostia aún no bendecida, al mismo tiempo que se canta el ofertorio y la gente hace su ofrenda; con lo que se muestra que el sacramento no lo ofrecemos nosotros a Dios, sino solo estas "colectas" y ofrendas de alimentos y regalos que se han reunido, para que Dios sea agradecido por ellos, y sean bendecidos, para ser distribuidos a los necesitados.

Porque después, cuando el sacerdote, en la "misa baja", eleva la hostia y el cáliz bendecidos, no se dice ni una palabra sobre el sacrificio, donde más que en cualquier otro momento se debería hacer mención del sacrificio, si la misa fuera un sacrificio: pero, como he dicho antes, él no lo eleva hacia Dios, sino hacia nosotros, para recordarnos el testamento, y para incitarnos a tener fe en lo mismo. De la misma manera, cuando recibe o administra el sacramento, no menciona el sacrificio con una sola palabra; lo cual debe y debería hacerse si el sacramento fuera un sacrificio. Por lo tanto, la misa no se atreve ni puede ser llamada o ser un sacrificio por el sacramento, sino solo por la comida que se reúne y la oración con la que Dios es agradecido y con la que se bendice.

[Nota al margen: La ofrenda en la misa]

23. Ahora la costumbre de reunir alimentos y dinero en la misa ha caído en desuso, y no queda más que un vestigio de ella en la ofrenda del penique en las festividades principales, y especialmente en el Día de Pascua, cuando aún traen tortas, carne, huevos, etc., a la iglesia para ser bendecidos. Ahora, en lugar de tales ofrendas y colectas, se han erigido iglesias dotadas, casas monásticas y hospitales, y se deben mantener con el único propósito de que a los necesitados en cada ciudad se les dé todo lo que necesiten, para que no haya mendigos ni necesitados entre los cristianos, sino que todos y cada uno tengan de la misa lo suficiente para el cuerpo y el alma.

Pero todo esto se ha invertido. Así como la misa no se explica correctamente a los hombres, sino que se entiende como un sacrificio, no como un testamento, así, por otro lado, lo que es y debería ser la ofrenda, es decir, las posesiones de las iglesias y casas monásticas, ya no se ofrecen y no se dan, con la acción de gracias y bendición de Dios, a los necesitados a quienes se les debe dar. Por lo tanto, Dios es provocado a ira, y ahora permite que las posesiones de las iglesias y casas monásticas se conviertan en ocasión de guerra, de pompa mundana y de tal abuso que ninguna otra bendición es manejada y desperdiciada de manera tan vergonzosa y blasfema. Y dado que no sirve a los pobres, para quienes fue designado, es realmente justo y correcto que permanezca indigno de servir para cualquier cosa que no sea pecado y vergüenza.

[Nota al margen: La misa no es un sacrificio]

24. Ahora bien, si preguntas qué queda en la misa para darle el nombre de sacrificio, ya que tanto se habla en la Oficina sobre el sacrificio, respondo: No queda nada. Por ser breve y preciso, debemos dejar que la misa sea un sacramento y testamento, y esto no es ni puede ser un sacrificio más que los otros sacramentos —bautismo, confirmación, penitencia, extremaunción, etc.— son sacrificios. De lo contrario, perderíamos el Evangelio, a Cristo, el consuelo del sacramento y toda

gracia de Dios. Por lo tanto, debemos separar claramente y distintamente la misa de las oraciones y ceremonias que han sido añadidas por los santos padres, y mantener las dos tan separadas como el cielo y la tierra, para que la misa no sea nada más que el testamento y sacramento comprendido en las palabras de Cristo. Lo que haya además de estas palabras debemos considerarlo, en comparación con las palabras de Cristo, como consideramos la custodia y el corporal en comparación con la hostia y el sacramento mismo; y estos los consideramos como simples adiciones para la administración reverente y decorosa del sacramento. Así como consideramos la custodia, el corporal y los manteles de altar en comparación con el sacramento, así debemos considerar todas las palabras añadidas, obras y ceremonias de la misa en comparación con las palabras de Cristo mismo, en las que Él da y ordena este testamento. Porque si la misa o el sacramento fueran un sacrificio, tendríamos que decir que es una misa y sacrificio cuando el sacramento se lleva a los enfermos en su hogar, o cuando los sanos lo reciben en la iglesia, y que hay tantas misas y sacrificios como el número de los que se acercan al sacramento. Si en este caso no es un sacrificio, ¿cómo puede ser un sacrificio en manos del sacerdote, ya que es aún un mismo sacramento, un mismo uso, un mismo beneficio, y en todos los aspectos el mismo sacramento y testamento que todos nosotros?

[Nota al margen: El sacrificio espiritual en la misa]

25. Por lo tanto, debemos prestar atención a esta palabra "sacrificio", para no presumir de darle algo a Dios en el sacramento, cuando es Él quien nos da todas las cosas en él. Debemos ofrecer sacrificios espirituales, ya que los sacrificios externos han cesado y se han convertido en donativos a iglesias, casas monásticas e instituciones de caridad. ¿Qué sacrificios, entonces, debemos ofrecer? Nosotros mismos, y todo lo que tenemos, con oración constante, como decimos: "Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo". Por lo tanto, debemos entregarnos a la voluntad de Dios, para que Él haga con nosotros lo que quiera, según Su propio placer; además, debemos ofrecerle alabanza y acción de gracias con todo nuestro corazón, por Su inefable y dulce gracia y misericordia, que Él nos ha prometido y dado en este sacramento. Y aunque tal sacrificio ocurra aparte de la misa, y debería ocurrir así, porque no pertenece necesaria y esencialmente a la misa, como se ha dicho, sin embargo, es más precioso, más apropiado, más poderoso y también más aceptable cuando se lleva a cabo con la multitud y en la asamblea donde los hombres se incitan, mueven e inflaman unos a otros para acercarse a Dios, y así obtener sin duda alguna lo que desean.

Porque así lo ha prometido Cristo; donde dos o tres se reúnen en Su nombre, allí está Él en medio de ellos, y donde dos convienen en la tierra en tocar cualquier cosa que pidan, todo se hará que pidan. ¡Cuánto más obtendrán lo que pidan, cuando toda una ciudad se reúna para alabar a Dios y orar con un solo corazón! No necesitaríamos muchas cartas de indulgencia si procediéramos correctamente en este asunto. Las almas también se redimirían fácilmente del purgatorio y seguirían innumerables bendiciones. Pero, ¡ay! eso no es lo que sucede. Todo se invierte; lo que la misa está destinada a hacer, lo tomamos sobre nosotros y queremos hacerlo nosotros mismos; lo que deberíamos hacer lo entregamos a la misa. Todo esto es obra de predicadores no instruidos y falsos.

26. Claro está, este sacrificio de oración, alabanza y acción de gracias, y de nosotros mismos, no debemos presentarlo ante Dios en nuestra propia persona, sino que debemos ponerlo en Cristo y dejar que Él lo presente, como enseña San Pablo en Hebreos XIII: "Ofrezcamos continuamente sacrificio de alabanza a Dios, es decir, el fruto de los labios que confiesan su nombre" [Heb. 13:15], y todo esto por medio de Cristo. Porque Él también es un sacerdote, como dice el Salmo CX: "Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec", porque Él

intercede por nosotros en el cielo, recibe nuestra oración y sacrificio, y por medio de Sí mismo, como sacerdote piadoso, los hace agradables a Dios; como dice de nuevo San Pablo en Hebreos IX: "Ha subido al cielo para ser mediador en la presencia de Dios para nosotros" [Heb. 9:24]; y: "Cristo Jesús es el que murió, y lo más importante, el que también resucitó, quien está a la diestra de Dios, quien también intercede por nosotros" [Rom. 8:34].

27. Sin embargo, pocos entienden la misa de esta manera. Pues suponen que solo el sacerdote ofrece la misa como sacrificio ante Dios, aunque esto lo hace y debería hacerlo cada uno que recibe el sacramento, sí, también aquellos que están presentes en la misa y no reciben el sacramento. Además, cada cristiano puede hacer tal ofrecimiento de sacrificio, dondequiera que esté y en todo momento, como dice San Pablo: "Ofrezcamos el sacrificio de alabanza continuamente por medio de Él", [Heb. 13:15] y el Salmo CX: "Tú eres sacerdote para siempre". [Sal. 110:4] Si Él es sacerdote para siempre, entonces en todo momento es sacerdote y está ofreciendo sacrificios sin cesar ante Dios. Pero nosotros no podemos ser continuamente los mismos, y por eso se ha instituido la misa para que podamos reunirnos allí y ofrecer tal sacrificio en común.

Pero que aquel que entiende la misa de otra manera o la usa de otra manera que no sea como un testamento y sacrificio de este tipo, tenga cuidado de cómo la entiende. Yo la entiendo, como se ha dicho, que realmente no es otra cosa que esto, que recibimos el testamento y al mismo tiempo nos exhortamos a nosotros mismos y nos disponemos a fortalecer nuestra fe y no dudar de que Cristo es nuestro sacerdote en el cielo, que se ofrece a sí mismo por nosotros sin cesar y nos presenta a nosotros y nuestra oración y alabanza, y las hace aceptables; así como si ofreciera al sacerdote humano como sacrificio en la misa y lo nombrara para presentar mi necesidad y mi alabanza a Dios, y él me diera una señal de que lo haría. En este caso estaría ofreciendo al sacerdote como sacrificio; y es de esta manera que ofrezco a Cristo, en el sentido de que deseo y creo que Él me acepta a mí y a mi oración y alabanza, y las presenta a Dios en Su propia persona, y para fortalecer esta fe, me da una señal de que lo hará. Esta señal es el sacramento del pan y del vino. Así queda claro que no es solo el sacerdote quien ofrece el sacrificio de la misa, sino la fe de cada uno, que es el verdadero oficio sacerdotal, mediante el cual Cristo se ofrece como sacrificio a Dios. Este oficio el sacerdote, con las ceremonias externas de la misa, simplemente lo representa. Por lo tanto, todos y cada uno son igualmente sacerdotes espirituales ante Dios. [Apoc. 1:6; 5:10, 1 Pedro 2:9].

28. De esto puedes darte cuenta por ti mismo que hay muchos que observan correctamente la misa y hacen este sacrificio, quienes mismos no saben nada al respecto, incluso, quienes no se dan cuenta de que son sacerdotes y pueden observar la misa. Por otro lado, hay muchos que se esfuerzan mucho y se aplican con toda diligencia, pensando que están guardando correctamente la misa y ofreciendo un sacrificio adecuado, y sin embargo, no hay nada correcto al respecto. Pues todos aquellos que tienen la fe de que Cristo es un sacerdote para ellos en el cielo ante Dios, y que ponen sobre Él sus oraciones y alabanzas, su necesidad y todo su ser, y los presentan a través de Él, sin dudar de que Él hace precisamente esto, y se ofrece a sí mismo por ellos, estos reciben el sacramento y el testamento, exteriormente o espiritualmente, como un signo de todo esto, y no dudan de que todo pecado es perdonado, que Dios se ha convertido en su Padre misericordioso y que la vida eterna está preparada para ellos.

Todos estos, entonces, dondequiera que estén, son verdaderos sacerdotes, observan correctamente la misa y también obtienen lo que desean por ella. Pues la fe debe hacerlo todo. Ella sola es el verdadero oficio sacerdotal y no permite que nadie más ocupe su lugar. Por lo tanto, todos los cristianos son sacerdotes; los hombres, sacerdotes, las mujeres, sacerdotisas, sean jóvenes o viejos, amos o siervos, amas o criadas, instruidos o ignorantes. Aquí no hay diferencia, a menos

que la fe sea desigual. Además, todos los que no tienen tal fe, pero presumen de hacer mucho de la misa como un sacrificio, y realizan este oficio ante Dios, son meros figurantes. Observan la misa exteriormente y no saben lo que están haciendo, y no pueden ser gratos a Dios. Pues sin verdadera fe es imposible agradarle, como dice San Pablo en Hebreos XI. [Heb. 11:6] Ahora hay muchos que, escondidos en sus corazones, tienen tal fe verdadera, y ellos mismos no lo saben; muchos hay que no la tienen, y de esto, también, no están conscientes.

29. Se ha convertido en una costumbre generalizada fundar misas por los difuntos, y se han escrito muchos libros al respecto. Si preguntamos ahora, ¿de qué beneficio son las misas celebradas por las almas que están en el purgatorio? la respuesta es: ¡Lo que está acostumbrado! La Palabra de Dios debe prevalecer y permanecer verdadera, a saber, que la misa no es nada más que un testamento y sacramento de Dios, y no puede ser una buena obra o un sacrificio, aunque se pueda entender que incluye sacrificio y buenas obras, como se dijo antes.

Por lo tanto, no hay duda de que quien observa la misa sin la fe mencionada anteriormente no se beneficia a sí mismo ni a nadie más. Pues el sacramento en sí mismo, sin fe, no hace nada; incluso Dios mismo, que en verdad hace todas las cosas, no hace ni puede hacer bien a nadie a menos que crea firmemente en Él; cuánto menos puede hacerlo el sacramento. Es fácil decir que una misa es efectiva ya sea realizada por un sacerdote piadoso o malvado, que es aceptable opere operato², no opere operante³. Pero producir ningún otro argumento excepto que muchos dicen esto, y se ha convertido en una costumbre, es una pobre prueba de que es correcto. Muchos han alabado los placeres y las riquezas y se han acostumbrado a ellos; eso no los hace correctos; debemos producir Escritura o razón para ello. Por lo tanto, cuidémonos de no ser engañados. No puedo concluir que la institución de tantas misas y réquiems pueda ser sin abuso, especialmente ya que todo esto se hace como una buena obra y sacrificio con el que pagar a Dios, mientras que en la misa no hay nada más que la recepción y disfrute de la gracia divina, prometida y dada en Su testamento y sacramento.

30. Estaré encantado de estar de acuerdo en que la fe que he llamado el verdadero oficio sacerdotal, que nos convierte a todos en sacerdotes y sacerdotisas, mediante la cual en conexión con el sacramento nos ofrecemos, nuestra necesidad, oración, alabanza y acción de gracias en Cristo y a través de Cristo, y por lo tanto ofrecemos a Cristo ante Dios, es decir, le damos motivo y lo movemos a ofrecerse a sí mismo por nosotros y a nosotros con Él—esta fe, digo, verdaderamente puede hacer todas las cosas en el cielo, la tierra, el infierno y el purgatorio, y a esta fe nadie puede atribuirle demasiado. Y como dije antes, si Cristo promete a dos personas las respuestas a todas sus oraciones [Mateo 18:19], ¡cuánto más pueden tantos obtener de Él lo que desean!

² En la teología católica, se refiere al principio según el cual la eficacia de un sacramento no depende de la virtud o santidad del ministro que lo administra, sino que se produce automáticamente por la acción misma del sacramento (Nota del traductor).

³ De acuerdo a esta frase, la acción del sacramento no solo depende de la acción misma del sacramento, sino también de la disposición o participación activa de las personas involucradas en su administración o recepción (Nota del traductor).

Sé muy bien que algunos estarán muy dispuestos a llamarme hereje por esto. Pero, querido compañero, también deberías considerar si puedes probar tan fácilmente como difamas. He leído todo eso, y conozco los libros en los que confías, así que no pienses que no conozco tu arte. Pero digo que tu arte no tiene fundamentos, y que no puedes defenderlo, y que de un sacramento o testamento de Dios nunca harás un sacrificio o una obra de satisfacción, y, de hecho, la satisfacción misma es más una ley humana que divina.

Por lo tanto, mi consejo es que nos apeguemos a lo seguro y dejemos lo incierto; es decir, si queremos ayudar a estas pobres almas en el purgatorio o a cualquier otro, no corramos el riesgo de confiar en la misa como una obra suficiente, sino más bien reunámonos para la misa, y con fe sacerdotal presentemos cada necesidad apremiante, en Cristo y con Cristo, orando por las almas [de los difuntos], y no dudando de que seremos escuchados. Así podremos estar seguros de que el alma es redimida. Pues la fe que descansa en la promesa de Cristo nunca engaña ni falla.

31. Así leemos que Santa Mónica, madre de San Agustín, en su lecho de muerte, deseaba ser recordada en la misa. Si la misa fuera suficiente por sí sola para ayudar a todos, ¿qué necesidad habría de fe y oración? Pero podrías decir, si esto es cierto, cualquiera podría observar la misa y ofrecer tal sacrificio, incluso en los campos abiertos. Pues todo el mundo realmente puede tener tal fe en Cristo en los campos abiertos, y ofrecerle y confiarle su oración, alabanza, necesidad y causa, para llevarlo ante Dios en el cielo, y además también puede pensar en el sacramento y testamento, desearlo de corazón, y de esta manera recibirlo espiritualmente. Pues aquel que lo desea y cree, lo recibe espiritualmente, como enseña San Agustín.

Entonces, ¿qué necesidad hay de observar la misa en las iglesias? Respondo: es cierto, tal fe es suficiente, y realmente lo logra todo, pero ¿cómo podrías pensar en esta fe, sacrificio, sacramento y testamento si no se administraran visiblemente en ciertos lugares designados e iglesias? Lo mismo ocurre en el caso del bautismo y la absolución, aunque la fe es suficiente sin ellos, donde no se puede hacer más; aún así, si no hubiera lugar para su administración, ¿quién podría pensar en ellos y creer en ellos, o quién podría conocerlos o decir algo de ellos? Además, dado que Dios ha ordenado así este sacramento, no debemos despreciarlo, sino recibirlo con gran reverencia, alabanza y gratitud. Pues si no hubiera otra razón por la cual deberíamos observar la misa exteriormente y no contentarnos solo con la fe interna, y sin embargo esto fuera suficiente, es que Dios así lo ordena y lo quiere. Y Su voluntad debería complacernos por encima de todas las cosas y ser razón suficiente para hacer o omitir cualquier cosa.

También hay esta ventaja: dado que todavía vivimos en la carne y no somos lo suficientemente perfectos para gobernarnos en el espíritu, necesitamos reunirnos para encender tal fe en uno a otro mediante el ejemplo, la oración, la alabanza y la acción de gracias, como dije antes, y a través de la vista y recepción externas del sacramento y testamento, movernos mutuamente para aumentar esta fe. Hay muchos santos, que como San Pablo el Ermitaño, permanecieron durante años en el desierto sin misa, y sin embargo nunca estuvieron sin misa. Pero tal ejemplo espiritual elevado no puede ser imitado por todos ni por toda la Iglesia.

33. Pero la razón principal para celebrar la misa externamente es la Palabra de Dios, sin la cual nadie puede estar, y que debe ser usada y estudiada diariamente. No solo porque cada día nacen, son bautizados y entrenados los cristianos, sino porque vivimos en medio del mundo, la carne y el diablo, quienes no cesan de tentarnos y llevarnos al pecado, contra el cual el arma más poderosa es la santa Palabra de Dios, como también la llama San Pablo, "una espada espiritual", que es poderosa contra todo pecado. Esto el Señor lo indicó cuando instituyó la misa y dijo: "Esto hagan en memoria de mí" [Lucas 22:19]; como si dijera, "Cada vez que usen este sacramento y testamento, prediquen de mí", como también dice San Pablo en 1º Corintios XI: "Porque cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor hasta que él venga" [1º

Corintios 11:26]; y el Salmo CII: "Celebrarán la gloria del Señor en Sion y su alabanza en Jerusalén, cada vez que los reyes (es decir, los obispos y gobernantes) y el pueblo se reúnan para servir al Señor" [Salmo 102:21, 22]; y el Salmo CXI: "Ha establecido una memoria de sus maravillas, porque da alimento a los que le temen" [Salmo 111:4, 5].

En estos pasajes ves cómo la misa fue instituida para predicar y alabar a Cristo, para glorificar sus sufrimientos y toda su gracia y bondad, para que seamos movidos a amarlo, esperar y creer en él, y así, además de esta Palabra o sermón, recibir un signo externo, es decir, el sacramento, para que nuestra fe, provista y confirmada por palabras y signos divinos, se fortalezca contra todo pecado, sufrimiento, muerte e infierno y todo lo que está en contra de nosotros. Y sino fuera por la predicación de la Palabra, nunca más habría instituido la misa. Él está más preocupado por la Palabra que por el signo. Pues la predicación debería ser nada más que una explicación de las palabras de Cristo cuando instituye la misa y dice: "Este es mi cuerpo. Esta es mi sangre, etc." ¿Qué es todo el Evangelio sino una explicación de este testamento? Cristo ha resumido todo el Evangelio en un breve resumen con las palabras de este testamento o sacramento. Pues todo el Evangelio no es más que una proclamación de la gracia de Dios y del perdón de todos los pecados, otorgados a través de los sufrimientos de Cristo, como San Pablo lo prueba en Romanos X [Romanos 10:9, 11, 13]; y Cristo en Lucas XXIV [Lucas 24:46, 47]. Esta misma cosa contienen las palabras de este testamento, como hemos visto.

34. De esto podemos ver qué lástima y perversión es que se celebren tantas misas, y sin embargo, el Evangelio se mantiene totalmente en silencio. Ellos se paran y predicán, y dan a las pobres almas paja por trigo, sí, muerte por vida, con la intención de luego compensarlo con muchas misas. ¿Qué tipo de bautismo sería ese, si el agua fuera vertida sobre el niño y no se dijera ni una palabra? Temo que las palabras sagradas del testamento se lean tan secretamente, y se mantengan ocultas para los laicos, porque Dios en su ira está testificando que todo el Evangelio ya no se predica públicamente al pueblo, que así como el resumen del Evangelio está oculto, también ha cesado su explicación pública.

A continuación, nos quitaron por completo el único elemento, el vino, aunque eso no importa mucho, pues la Palabra es más importante que el signo. Aún así, me gustaría saber quién les dio el poder para hacer tal cosa. De la misma manera podrían quitarnos el otro elemento y darnos la custodia vacía para besarla como reliquia, y al final abolir todo lo que Cristo ha instituido. Temo que sea una figura y un tipo que augura nada bueno en estos peligrosos y pervertidos últimos días. Se dice que el papa tiene el poder para hacerlo; yo digo que todo eso es ficción, él no tiene ni un ápice de poder para cambiar lo que Cristo ha hecho; y lo que sea de estas cosas que cambie, lo hace como un tirano y Anticristo. Me gustaría escuchar cómo lo probarán.

No es que desee causar un alboroto al respecto, pues considero que la Palabra es más poderosa que el signo, pero no puedo permitir el ultraje cuando no solo nos hacen mal, sino que también desean tener derecho a ello, y nos obligan no solo a permitir tal injusticia, sino también a alabarla como justa y buena. Que hagan lo que quieran, siempre y cuando no estemos obligados a reconocer lo malo como bueno. Es suficiente con que nos permitamos, con Cristo, ser golpeados en la mejilla [Juan 18:22], pero no es para nosotros alabarlos, como si hubieran hecho bien en ello y hubieran ganado la recompensa de Dios.

35. Pero ¿qué hay de aquellos pobres sacerdotes y laicos que se han apartado tanto del verdadero significado de la misa y de la fe que incluso la han convertido en una especie de magia? Algunos hombres hacen decir misas para volverse ricos y prosperar en sus negocios, otros porque piensan que si escuchan misa por la mañana estarán seguros durante el día de todo peligro y necesidad; algunos, nuevamente, por causa de la enfermedad; otros por razones aún más absurdas,

sí, incluso pecaminosas, y sin embargo, encuentran sacerdotes lo suficientemente pervertidos como para tomar su dinero y hacer su voluntad.

Además, ahora han hecho que una misa sea mejor que otra; una es valorada como útil para esto, otra para aquello. Así han creado siete "Misas Doradas". La "Misa de la Santa Cruz" ha llegado a tener una virtud diferente de la "Misa de Nuestra Señora". En este asunto todos callan y permiten que la gente siga adelante por causa de los malditos y sucios peniques, que se acumulan a través de estos diversos títulos y virtudes de la misa. Así, la fe, como Cristo, debe ser vendida por su Judas, es decir, por la codicia y la sed de dinero.

También se encuentran aquellos que hacen decir misa en privado, por esto y por aquello; en resumen, la misa debe hacer toda clase de cosas, excepto su propia obra peculiar, que es la fe, y que nadie considera. Ahora son los mejores hombres en la tierra los que hacen decir muchas misas, como si pensarán así acumular muchas buenas obras. Todo esto es obra de la ignorancia, que no separa los himnos y oraciones, que han sido añadidos, de la verdadera y original misa. Pues una misa es como otra y no hay diferencia, excepto en la fe. Pues la misa es mejor para aquel que más cree, y sirve solo para aumentar la fe, y para nada más. Es cierto, las oraciones añadidas sí sirven, una para este propósito, otra para aquél, según el significado de sus palabras, pero no son la misa ni el sacramento.

36. Entonces aconsejaría que donde las misas no estén dirigidas hacia tal fe, sean abolidas, y que haya menos misas dotadas para las almas de los muertos. Verdaderamente provocamos más la ira de Dios con ellas que lo que lo aplacamos. ¿Con qué propósito están los sacerdotes en los capítulos y claustros tan estrictamente obligados a observar las misas anuales, ya que no solo carecen de tal fe, sino que también a menudo son necesariamente inadecuados? Cristo mismo no deseó atar a nadie a ello y nos dejó completamente libres cuando dijo: "Esto haced, todas las veces que lo bebiereis, en memoria de mí". Y nosotros, los hombres, nos atamos tan fuerte y nos empujamos contra nuestra propia conciencia. Veo también que tal institución a menudo no tiene una buena razón, sino que una codicia secreta está en el fondo de la obligación y que nos cargamos con muchas misas para que podamos tener suficientes ingresos en cosas temporales; después decimos que lo hacemos por amor a Dios. Temo que pocos se encontrarían que gratuitamente y por amor a Dios se cargarían así. Pero si todas estas misas se observan en la fe antes mencionada, que apenas espero, deben ser toleradas. Pero si no, entonces sería mejor que haya solo una misa al día en una ciudad, y que se celebre de manera adecuada en presencia de la gente reunida. Si en algún momento deseamos tener más, la gente debería ser dividida en tantas partes como hay misas, y cada parte debería asistir a su propia misa, allí para ejercitar su fe y ofrecer su oración, alabanza y necesidad en Cristo, como se dijo antes.

37. Si, entonces, la misa es un testamento y sacramento en el cual el perdón de los pecados y toda gracia de Dios son prometidos y sellados con un signo, se sigue por sí mismo cuál es la mejor preparación para ella. Sin duda, es dada a aquellos que la necesitan y la desean. Pero ¿quién necesita más el perdón de los pecados y la gracia de Dios que estas pobres y miserables conciencias que son atormentadas y torturadas por sus pecados, que temen la ira y el juicio de Dios, la muerte y el infierno, que estarían contentas de tener un Dios misericordioso y no desean nada más ardientemente? Estos son verdaderamente aquellos que están bien preparados para la misa. Para ellos estas palabras tienen fuerza y significado, cuando Cristo dice: "Tomad y bebed, este es mi sangre, que es derramada por vosotros para la remisión de los pecados." Donde tal alma cree estas palabras, como debe hacerlo, recibe de la misa todos los frutos de la misa, es decir, paz y alegría, y así es bien y ricamente alimentada por ella en el espíritu. Pero donde no hay fe, ninguna oración ayuda, ni la escucha de muchas misas; las cosas solo pueden empeorar. Como dice el Salmo 23: "Has puesto mesa delante de mí en presencia de mis enemigos." ¿No es este un pasaje claro? ¿Qué

enemigos mayores hay que el pecado y una mala conciencia que en todo momento teme la ira de Dios y nunca tiene descanso? De nuevo, el Salmo 111 dice: "Ha hecho memorables sus maravillas; el Señor es clemente y compasivo." Es cierto entonces que para espíritus audaces y confiados, cuyo pecado no los punza, la misa no tiene valor, pues todavía no tienen hambre de este alimento, sino que están todavía demasiado llenos. La misa demanda y debe tener un alma hambrienta, que anhele el perdón de los pecados y el favor divino.

38. Pero porque esta desesperación y inquietud de conciencia no son más que una debilidad de fe, la enfermedad más severa que el hombre puede tener en cuerpo y alma, y que no puede ser curada de inmediato o rápidamente, es útil y necesario que cuanto más inquieta sea la conciencia de un hombre, más se acerque al sacramento o escuche la misa, siempre y cuando se imagine en ella la Palabra de Dios, y alimente y fortalezca su fe por ella, y siempre vea a que no haga una obra o sacrificio de ello, sino que lo deje como testamento y sacramento, del cual tomará y disfrutará un beneficio libremente y por gracia, por el cual su corazón pueda volverse dulce hacia Dios y obtener una confianza consoladora hacia Él. Pues así canta el Salterio, Salmo 104: "El pan fortalece el corazón del hombre, y el vino alegra el corazón del hombre."

39. Algunos han preguntado si el sacramento también debe ofrecerse a los sordos y mudos. Algunos piensan que es una amabilidad practicar un fraude piadoso con ellos, y piensan que se les debería dar obleas no consagradas. Esta burla no es correcta y no complacerá a Dios, quien los ha hecho cristianos así como a nosotros; y las mismas cosas les son debidas a ellos que a nosotros. Por lo tanto, si tienen entendimiento sano y pueden mostrar mediante signos indubitables que lo desean con verdadera devoción cristiana, como he visto muchas veces, debemos dejar al Espíritu Santo lo que es su obra y no negarle lo que demanda. Puede ser que interiormente tengan un mejor entendimiento y fe que nosotros, y esto nadie debe oponerse presuntuosamente. ¿No leemos de San Cipriano, el santo mártir, que en Cartago, donde era obispo, dio ambos elementos a los niños, aunque eso ahora ha cesado, por buenas razones? Cristo permitió que los niños vinieran a Él y no permitió que nadie se lo impidiera. Y de la misma manera, Él no ha retenido Sus bendiciones ni de los mudos ni de los ciegos, ni de los cojos; ¿por qué Su sacramento no sería también para aquellos que lo desean sinceramente y con un espíritu cristiano?

[Nota al margen: Preparación adecuada para la Misa]

37. Si la misa es un testamento y sacramento en el cual se promete y sella con un signo el perdón de los pecados y toda gracia de Dios, se deduce por sí mismo cuál es la mejor preparación para ella. Sin duda, se da a aquellos que la necesitan y la desean. ¿Pero quién necesita más el perdón de los pecados y la gracia de Dios que esas pobres y miserables conciencias que son conducidas y atormentadas por sus pecados, que temen la ira y el juicio de Dios, la muerte y el infierno, que estarían felices de tener un Dios misericordioso y no desean nada más ardientemente? Estos son verdaderamente los que están bien preparados para la misa. Para ellos estas palabras tienen fuerza y significado, cuando Cristo dice: "Tomad y bebed, esto es mi sangre, que es derramada por vosotros para el perdón de los pecados." [Mateo 26:27] Donde tal alma cree estas palabras, como debe hacerlo, recibe de la misa todos los frutos de la misa, es decir, paz y alegría, y así es bien y ricamente alimentada por ella en el espíritu. Pero donde no hay fe, ninguna oración ayuda, ni la escucha de muchas misas; las cosas solo pueden empeorar. Como dice el Salmo 23: "Tú preparas mesa delante de mí en presencia de mis enemigos." ¿No es este un pasaje claro? ¿Qué enemigos mayores hay que el pecado y una mala conciencia que teme en todo momento la ira de Dios y nunca tiene descanso? De nuevo, el Salmo 111 dice: "Ha hecho memorables sus maravillas; el Señor es clemente y compasivo." Es cierto entonces que para espíritus audaces y confiados, cuyo

pecado no los punza, la misa no tiene valor, pues todavía no tienen hambre de este alimento, sino que están todavía demasiado llenos. La misa demanda y debe tener un alma hambrienta, que anhele el perdón de los pecados y el favor divino.

[Nota al margen: La Misa como Remedio contra la Desesperación y la Duda]

38. Pero como esta desesperación y agitación de conciencia no son más que una debilidad de fe, la enfermedad más severa que el hombre puede tener en cuerpo y alma, y que no puede ser curada de inmediato o rápidamente, es útil y necesario que cuanto más inquieta sea la conciencia de un hombre, más debería acercarse al sacramento o escuchar misa, siempre y cuando se imagine en ella la Palabra de Dios, y alimente y fortalezca su fe por ella, y siempre vea a que no haga una obra o sacrificio de ello, sino que lo deje como testamento y sacramento, del cual tomará y disfrutará un beneficio libremente y por gracia, por el cual su corazón pueda volverse dulce hacia Dios y obtener una confianza consoladora hacia Él. Por eso canta el Salterio, Salmo 104: "El pan fortalece el corazón del hombre, y el vino alegra el corazón del hombre."

[Nota al margen: Un Sacramento para los Sordos y Mudos]

39. Algunos han preguntado si el sacramento también debería ofrecerse a los sordos y mudos. Algunos piensan que es una amabilidad practicar un fraude piadoso con ellos, y piensan que deberían recibir obleas no consagradas. Esta burla no es correcta, y no complacerá a Dios, quien los ha hecho cristianos así como a nosotros; y las mismas cosas les son debidas que a nosotros. Por lo tanto, si tienen entendimiento sano y pueden mostrar mediante signos indubitables que lo desean con verdadera devoción cristiana, como he visto muchas veces, debemos dejar al Espíritu Santo lo que es Su obra y no negarle lo que Él demanda. Puede ser que interiormente tengan un mejor entendimiento y fe que nosotros, y esto nadie debería oponerse presuntuosamente. ¿No leemos de San Cipriano, el santo mártir, que en Cartago, donde era obispo, dio ambos elementos a los niños, aunque eso ahora ha cesado, por buenas razones? Cristo permitió que los niños vinieran a Él y no permitió que nadie se lo impidiera [Marcos 10:13 ss.]. Y de la misma manera, Él no ha retenido Sus bendiciones ni de los mudos ni de los ciegos, ni de los cojos; ¿por qué Su sacramento también no sería para aquellos que lo desean sinceramente y con un espíritu cristiano?

[Nota al margen: Conclusión]

40. Así vemos con cuántas pocas leyes y obras Cristo ha cargado a Su santa Iglesia, y con cuántas promesas la ha elevado a la fe; aunque ahora, ¡ay!, todo está al revés, y somos impulsados por muchas leyes y obras largas y pesadas para volverse piadosos; y no se logra nada. Pero la carga de Cristo es ligera [Mateo 11:30] y pronto produce una piedad abundante, que consiste en fe y confianza, y cumple lo que dice Isaías: "Un poco de perfección traerá una inundación llena de toda piedad." [Isaías 10:32 (Vulgata)] Esa carga es la fe, que es una cosa pequeña, a la cual no pertenecen ni leyes ni obras, sino que corta todas las leyes y obras y cumple todas las leyes y obras. Por lo tanto, de ella fluye solo la justicia. Porque tan perfecta es la fe, que sin ningún otro trabajo y ley, hace que todo lo que el hombre hace sea aceptable y agradable a Dios. Como también he dicho de ella en mi pequeño libro "De las Buenas Obras".

Por lo tanto, cuidémonos de los pecados, pero mucho más de las leyes y las buenas obras, y solo prestemos atención a la promesa divina y a la fe; entonces las buenas obras vendrán por sí mismas. Que Dios nos ayude en esto. Amén.

**Se finalizó el trabajo de traducción desde el idioma inglés por
Andrés San Martín Arrizaga.
Temuco, Chile, 14 de febrero de 2024.**

www.escriturayverdad.cl